

ECONOMÍA, NATURALEZA Y LIBERTAD

Ricardo F. Crespo. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza (Argentina)

Resumen: En este artículo se sugiere que la economía es una acción humana libre y que debe ajustarse al fin natural del hombre. Por ello corresponde que se someta al «principio de necesidad» aristotélico. En cambio, la aplicación del «principio de maximización», propio de la economía neoclásica, conduce a una tecnificación de la economía, que la desnaturaliza.

Abstract: This paper intends to establish economic activity as free human action and thus show why it should subordinate to the Aristotelian «principle of necessity» in order to adjust itself to the natural *telos* of man. The Neoclassical «principle of maximization», on the contrary, would lead to a «technical» conception of economic activity, depriving it of its own nature.

La inflación contemporánea de lo económico ha motivado una mayor reflexión acerca de esta dimensión de la vida humana. En este trabajo trataremos de defender dos tesis. La primera sostiene que al crecer la ponderación del elemento técnico en la actividad económica, ésta pierde su libertad y se desnaturaliza. La segunda, que la sustitución del que llamaré «principio de necesidad» —el exigido por la naturaleza del hombre— por el «principio de maximización» como criterio fundante de la economía, tiende a acelerar el proceso por el que ésta se transforma de un obrar libre en un quehacer condicionado a objetivos necesarios. Aunque parezca paradójico, cuando la economía se desvincula de la necesidad se tecnifica, y deja de ser tal.

Comenzamos con un análisis semántico del término común correspondiente. «Economía» es una palabra polisémica. La economía es un ahorro, es un aprovechamiento de recursos de un modo inteligente, es una ciencia social, es un Ministerio del Gobierno. En todos los casos se hace referencia —aunque sea de un modo indirecto— a una actividad de satisfacción de necesidades humanas a través del uso adecuado de unos medios. Vista la realidad de la escasez de los medios y de su necesidad, surge el problema económico que consiste en saber cómo hacer un uso óptimo —económico— de esos medios. El medio por excelencia es el dinero, que no es ni uno ni otro sino que representa a todos. Entonces, el problema económico también se puede formular del siguiente modo: cómo distribuir unos ingresos escasos entre necesidades cuantiosas. Cuanto menores sean los ingresos y mayores las necesidades, mayor será también el problema eco-

nómico. Así pensaba Aristóteles, quien decía que la *económica* (*oikonomiké*) se ocupa del uso «de los recursos necesarios para la vida y útiles para la comunidad civil y doméstica»¹. Se ve que la economía no era para Aristóteles, como piensan muchos, una cuestión exclusivamente doméstica. Los medios tienen relevancia económica bajo dos condiciones: primero, que satisfagan una necesidad; segundo, que su dotación sea escasa en relación a la necesidad. Ahora bien, el modo en que la economía combina el uso de los recursos para satisfacer las necesidades es algo propiamente humano. En el reino animal no hay economía. El problema económico no es un problema animal. El problema animal es el de la subsistencia y se soluciona cuando se satisface. La diferencia está en que mientras el actuar del hombre es libre, el del animal es instintivo. La característica de la acción económica que la hace libre es el hecho de que la necesidad económica sea una necesidad humana, que no es unívoca y no está completamente determinada. Si así lo fuera, no habría problema económico, pues no habría posibilidad de combinación, reemplazo, sustitución, adelanto o retraso, actividades todas éstas con las que cuenta la economía. En esta relativa indefinición de las necesidades radica la libertad de la economía. Esta es una característica esencial suya, ya que sin indeterminación y, por tanto, sin libertad, no hay economía². En economía «necesidad» es un término relativo, como todos los términos económicos³. La indeterminación de la necesidad económica se da tanto en el caso de los bienes básicos para la vida, como en la de los superfluos. Es verdad que debemos alimentarnos para vivir, pero podemos hacerlo con una u otra dieta: el arte culinario depende de esta importante característica de la condición humana, la libertad para satisfacer las necesidades básicas de un modo u otro. Pero además, el problema económico no acaba allí: en el ámbito de las necesidades superfluas (este modo de decir no es contradictorio en economía: en realidad a la economía no le importa la objetividad de la necesidad) el papel de la libertad es evidente: aquéllas son las primeras de las que prescinde cuando hay que ajustar el presupuesto. Parece que Aristóteles también tenía claro este tema, ya que para referirse a las necesidades que satisface su *económica* usa el término *chreia*, que significa necesidad, pero más en el sentido de utilidad, y no *anagke* que nos habla de una necesidad estricta. También en francés hay dos términos distintos: *nécessité*, que expresa la necesidad física, el necesario encadenamiento entre la causa y

¹ *Pol* I, 8, 1256b 29-30 y cfr. también 1256a 12.

² Cfr. Antonio Millán Puelles, *Economía y libertad*, Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1974, pp. 17-21 y 95-107.

³ Cfr. Lionel Robbins, *Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Mac Millan, 2nd. edn. rd., 1935, pp. 46 y ss. y Sergio Ricossa, *Diccionario de Economía*, Siglo veintiuno editores, Méjico, 1990, pp. 420-1.

sus efectos y *besoin*, que indica la necesidad humana. «En esta misma necesidad de medios materiales, dice A. Millán Puelles, se revela el espíritu del hombre, precisamente como lo que hace que una tal exigencia, lejos de estar adscrita a un único linaje o repertorio de cosas materiales necesarias para la vida humana, se halle, por el contrario, esencialmente abierta a la indefinida posibilidad de todas ellas»⁴. De este modo, podemos concluir que la economía es necesaria en lo que atañe a su ejercicio, pero no lo es en lo que atañe a su especificación. Y es justamente debido a esto último —la indefinición en la especificación— que la economía existe y puede ejercerse.

Si la economía es de suyo un acto humano libre, estamos frente a una forma de *praxis*. Así lo ve también Aristóteles. El acto económico es distinto a la ejecución de la decisión que surge de él. Lo que es más propiamente económico es la determinación de que me conviene vender o comprar algo —un acto interno del sujeto—, no el hecho de la venta o la compra. La adquisición, para Aristóteles, es el acto propio de la crematística. Ella no es intrínsecamente mala (a pesar de la resonancia peyorativa del término) cuando es un arte que está al servicio de la *económica*. Pero no es la *económica*⁵. La decisión económica impera una adquisición, y de aquí en más sólo es cuestión de aplicar una técnica en la que la libertad está ausente. En la *económica* aristotélica reina la libertad; más aún, es esencial a ella. Lo afirmamos a pesar de que, para una mentalidad que está acostumbrada a ligar el ámbito de la *polis* con la libertad en el pensamiento aristotélico, esa conclusión puede resultar incorrecta⁶.

Visto que la *económica* es una *praxis*, su hábito debe ser una virtud, la llamada prudencia económica, de la que habla Aristóteles en la *Ética Nicomaquea*⁷, y el saber acerca de la misma debe ser ciencia práctica, subordinada a la principal y más arquitectónica, la política⁸.

Haremos ahora un breve escolio exigido por la interpretación del texto aristotélico que también acentuará más la idea de que la economía es *praxis*, no *poiesis*, y su hábito una virtud, no una *techne*. Ya se habrá advertido que Aristóteles no habla de economía sino de *económica*, gramaticalmente un adjetivo. ¿Adjetivo de cuál sustantivo? Muchos traductores hacen constar que de arte. Sin embargo Aristóteles nunca usa el térmi-

⁴ *Op. cit.*, p. 105.

⁵ Cfr. *Pol* I, 8, 1256b 25 y ss..

⁶ E.g., Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993 (*The Human Condition*, University of Chicago Press, 1958, trad. M. Cruz), *passim*.

⁷ VI, 8, 1141b 31.

⁸ Cfr. *EN*, I, 2. E. g. Carlo Natali, «Aristotele e l'origine della filosofia pratica», en *Filosofia pratica e Scienza Politica*, a cura di Claudio Pacchiani, Francisci ed. Padova, 1980, pp. 115 y ss. y Peter Koslowski, *Economics and Philosophy*, JCB Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1985, pp. 1-3, ven a la *económica* como ciencia práctica.

no *techne* (siempre sobrentiende el sustantivo), aunque por el contexto parece el más lógico⁹. Pero si fuera así, parecería que nos estamos equivocando; la economía no sería una virtud sino una *techne*. La aparente incoherencia entre la interpretación de que *oikonomiké* sea adjetivo de *techne* y que la economía no sea un arte, se supera acudiendo a un pasaje de la *Ética Nicomaquea* en el que Aristóteles incluye la *económica* entre las *dynameis*, «facultades»¹⁰. También en *Los económicos* habla de cuatro facultades del amo de casa en relación a la *económica*¹¹. Gianni Vattimo observó hace años¹² que hay dos sentidos de *techne* en Aristóteles: el de *hexis*, la virtud de la producción y el de *dynamis*, como facultad o potencia racional. Jorge Martínez Barrera hace notar cómo este segundo sentido de arte como facultad o principio general de acciones humanas, explica el aparente contrasentido del uso que también hace de *techne* para referirse a la política, tanto en *La Política*, como en la *Ética Nicomaquea*. Martínez Barrera muestra que esta aplicación del concepto de arte-facultad a la política estaba clara en Tomás de Aquino, el cual comienza el Prólogo a su Comentario a *La Política* con el aforismo aristotélico «ars imitatur naturam»¹³. Otro tanto podemos trasladar a la económica, que, como vimos, Aristóteles trata como *dynamis*. La economía entonces es arte en cuanto facultad y virtud en cuanto hábito. Pensamos que la polisemia de «economía» queda muy completa: acción, hábito, ciencia y facultad. Cerramos aquí el escolio.

Por otra parte, y siempre argumentando a favor del estatuto práctico y prudencial de la economía, Tomás de Aquino señala varias veces que en el *ars* el fin es particularizado y los medios son fijos y determinados¹⁴. En efecto, la intervención de la libertad —y por tanto de la moralidad— en la técnica es extrínseca. Se puede aplicar o no una técnica, pero una vez decidido esto no queda margen de movimiento, si efectivamente se quiere usar esa técnica. El economista inglés Lionel Robbins de algún modo vislumbra la diferencia entre la economía y la técnica cuando dice que mientras que la técnica es la adaptación de los medios a un solo fin, la economía es la de esos mismos medios a varios fines¹⁵. Pero resulta más

⁹ Así María Araujo y Julián Marías en la edición de *La Política* que hemos usado (IEP, Madrid, 1951) y Manuela García Valdés en la de *Los económicos* (Gredos, Madrid, 1984). También Ernest Barker (Aristotle, *Politics*, Clarendon Press, Oxford, 1946).

¹⁰ I, 2, 1094b 2

¹¹ Cfr. 1344b 22-4.

¹² Cfr. (1961), pp. 64 y ss..

¹³ Cfr. Jorge Martínez Barrera, «El uso del *ars imitatur naturam* en el Prologus del Comentario de Santo Tomás a *La Política* de Aristóteles», en *Philosophia*, Mendoza, 1994. Quizás lo haya visto también Barker cuando dice que la política, además de ciencia, es *art or capacity*, op. cit., pp. 354-5, nt. 1.

¹⁴ *Summa Theologiae*, q. 47, aa. 2 ad 2, 4 ad 2, 15 ad 3; q. 49, a. 5 ad 2.

¹⁵ Cfr. op. cit., 1935, p. 35.

preciso afirmar que mientras que en la técnica los medios y los fines están determinados, en la economía hay libertad de especificación en cuanto a ambos, como vimos más arriba. Volvemos entonces a concluir que la economía es una *praxis*, su hábito una virtud, la prudencia económica, y el saber acerca de ella una ciencia práctica. Sin perjuicio de que haya también un arte económico, subordinado a la economía, como lo era la crematística o adquisitiva aristotélica y como lo es gran parte de la ciencia económica moderna.

Aristóteles insiste varias veces en que el fin de la economía es el *eu zen*, la vida buena del hombre, cuyo acabamiento se da en la *polis*. Por esto está subordinada a la ciencia directiva de la comunidad civil, la política¹⁶. Son muchos los autores que señalan esta inmersión de lo económico en los criterios políticos aristotélicos¹⁷. Entre ellos, Karl Polanyi ha tenido una gran repercusión. La economía aristotélica, dice Polanyi está condicionada —*embedded*— en relación a la sociedad. La influencia arhstotélica se hace sentir durante siglos¹⁸. Todavía el mismo Adam Smith estudia la economía como una parte de la política¹⁹. Debemos avanzar unos años, tal vez hasta John Stuart Mill²⁰, para comprobar la emancipación neta de la economía respecto a la política y la moral en el ámbito del saber económico. Esta separación responde a la que se opera entre la economía y la búsqueda de lo necesario para la vida buena. El «principio de necesidad» —correspondiente a la naturaleza— es reemplazado por el «principio de maximización», que también, aunque con otros términos, conocía Aristóteles. Se produce, como señala Polanyi, una escisión entre un principio de uso y uno de ganancia, que ocasiona un divorcio entre los móviles económicos y los fines sociales²¹.

La llamada «revolución marginalista» en economía aplica el cálculo

¹⁶ Cfr. *Pol* I, 8, 1256b 30-3 y I, 9, 1257b 40-1, 1258a 1.

¹⁷ Cfr. Barker, op. cit., lv, Amartya Sen, *On Ethics and Economics*, Basil Blackwell, Oxford, 1987, pp. 3-4 y 10, Peter Koslowski, op. cit., pp. 1 y ss..

¹⁸ Cfr. Polanyi, «Aristotle Discovers Economy», en G. Dalton, *Primitive, Archaic and Modern Economics*, Boston, 1971, pp. 67 y ss..

¹⁹ Cfr. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, FCE, Méjico, 1958, Introducción al libro IV. Cfr. también Koslowski, op. cit., p. 2, y Lionel Robbins, *Política y economía*, UTEHA, Méjico, 1965, pp. 5-6 (*Politics and Economics*, Mac Millan, London, 1963, trad. J. Martínez Sáenz), *Political Economy: Past and Present*, Mac Millan, London, 1976, p. 6 y «Economics and Political Economy», en *American Economic As.Proceedings*, 1981, p. 7.

²⁰ Cfr. *Essay on Some Unsettled Questions of Economic Science*, 1874, Essay V, «On the Definition of Political Economy and the Method of Investigation proper to it», Augustus M. Kelley (Reprints), Clifton, 1974, pp. 120 y ss..

²¹ Cfr. Polanyi, *La Grande Transformation*, Gallimard, Paris, 1983 (*The Great Transformation*, New York, 1944, trad. C. Malamoud, M. Angeno), p. 85.

infinitesimal —que había sido descubierto por Newton y Leibniz— a la teoría económica con el fin de alcanzar la situación óptima de maximización. La conducta dispensativa es reemplazada por una conducta maximizadora. La ciencia económica brinda un estatuto científico y herramientas técnicas a esta especie de liberación de su fin por parte de la economía. William S. Jevons en Inglaterra, Leon Walras en Suiza y Carl Menger en Austria comienzan con el marginalismo. Cada persona, sostiene esta doctrina, tiene su escala de preferencias subjetivas, las cuales son datos de la economía. Vilfredo Pareto, sucesor de Walras, representa las curvas de indiferencia, en que las diversas combinaciones de cantidades de dos bienes producen la misma satisfacción individual. La concavidad (derivada negativa) de la misma curva expresa el principio económico de la utilidad marginal decreciente. La tangencia entre dicha curva y la del presupuesto del individuo —que es una recta— determina la combinación óptima de cantidades de ambos bienes que se han de consumir, para, dados los precios y los ingresos, maximizar la utilidad. La agregación de combinaciones individuales da lugar a la demanda del mercado. Del equilibrio del consumidor —así llama a ese punto óptimo— se pasa al análisis del equilibrio del productor en función del anterior: se fabricarán los bienes en las cantidades que arrojen la mayor ganancia posible según la demanda y los costos. La microeconomía se ocupa de desarrollar todo un instrumental para determinar los puntos óptimos de equilibrio²². De este modo la economía neo-clásica lleva a una determinación exacta de los medios para alcanzar los fines dados. Dada la escala de preferencias y los datos de los recursos, la ciencia económica deduce las cantidades precisas de *x*, *y*, etc. que se deben comprar, vender, producir, etc., para que la conducta sea verdaderamente económica —maximizadora—. El ejemplo es muy simple, pero suficiente para entender que, basada en el principio de maximización, la economía ha dejado de ser un saber prudencial acerca de una *praxis* —e.d., una ciencia práctica—, para convertirse en un saber técnico acerca de una *poiesis*, necesariamente parcial.

Debemos profundizar en la causa de este proceso. Nuevamente será Aristóteles quien nos dará los elementos. Como decía Polanyi, «Aristóteles intuyó en el germen (de la economía) el espécimen completamente desarrollado»²³. «La famosa distinción que observa en el capítulo introductorio de *La Política* entre la economía propiamente dicha y la adquisición de dinero o crematística, seguimos con Polanyi, es probablemente la indicación más profética que se haya hecho nunca en el campo de las ciencias

²² Sobre estos temas —en los que habría que hacer muchas precisiones—, cfr. cualquier manual de Microeconomía, como, e.g., el de Charles E. Ferguson, *Microeconomic Theory*, R. Irwin Inc., 2nd. ed. rd., 1965 (trad. en FCE, 1971).

²³ *Op. cit.*, 1971, pp. 67-8.

sociales»²⁴. En efecto, el tratamiento aristotélico de la crematística nos dará la clave de esta cuestión. Ya dijimos que la crematística es una *techne*²⁵. Aristóteles distingue dos clases de crematística, la adquisitiva, subordinada a la *económica*, dirigida por ella al fin de la vida buena²⁶, y la crematística comercial, que es rechazada por el Estagirita²⁷.

La *techne*, dice Aristóteles, tiene un número limitado de instrumentos o medios²⁸; en cambio, es ilimitada respecto a su fin: «se proponen conseguirlo, aclara Aristóteles, en el más alto grado posible»²⁹. Cuando el fin, en vez de ser la vida buena de la persona y de la *polis*, es el dinero y los recursos, surge este arte crematístico «censurado»³⁰, que se autonomiza y deja al margen a la *económica*, se sale de su órbita. La crematística subordinada es natural³¹, limitada y necesaria. La otra en cambio, es fruto de cierta experiencia y técnica, ilimitada e innecesaria³². En la primera se persigue a través de los recursos o riquezas —no sólo el dinero— un fin exterior y en la segunda, sólo el propio aumento de esos instrumentos³³. Como ambas usan el mismo medio (el dinero), advierte Aristóteles, es muy fácil confundirse: es el eterno problema de la erección de los medios en fines. La búsqueda de lo necesario queda superada por el principio de maximización. Sin embargo, sigue el Filósofo, los bienes externos tienen un límite, como todo instrumento, y «todas las cosas son de tal índole que su exceso perjudica necesariamente»³⁴.

¿Cuál es la causa de esta confusión? La ilimitación —*apeiron* (1258a 2)— del apetito en la búsqueda de los medios, responde el Estagirita. Su origen, aclara Tomás de Aquino, es la concupiscencia, que tiende al infinito, mientras que la virtud busca sólo lo necesario³⁵. La insubordinación de la crematística respecto a la *económica* responde a la del apetito respecto a la razón. Los que buscan sólo vivir, no vivir bien, se dejan guiar por el deseo de los placeres corporales, que parecen depender de la posesión de

²⁴ *Op. cit.*, 1983, p. 84.

²⁵ Cfr. al respecto el comentario de W. Newman, *The Politics of Aristotle*, Clarendon Press, Oxford, 1951, I, p. 126, nt. 3.

²⁶ Cfr. *Pol I*, 8, *in fine*.

²⁷ Cfr. *Pol*, I, 9.

²⁸ Cfr. *Pol I*, 8, 1256b 34-7.

²⁹ *Pol I*, 9, 1257b 26-7.

³⁰ *Id.*, I, 10, 1258b 1.

³¹ Es natural en un doble sentido: en cuanto que se surte de productos naturales, y en cuanto que su naturaleza consiste en la adquisición de lo necesario. Al respecto cfr. nuestro «Economía y naturaleza en Tomás de Aquino», en prensa en *Acta Philosophica*, Roma, 1995.

³² Cfr. *Pol I*, 9, 1257a 4-5.

³³ Cfr. *Id.*, 1257 b 36-8.

³⁴ *Pol IV*, 1, 1323b 7-10.

³⁵ *In Pol*, VIII, 126.

bienes y se dedican por completo a los negocios³⁶. Es la situación del hombre que ha emprendido la *vida de negocios*, a la que se refiere en la *Ética Nicomaquea*³⁷. Se confunde la búsqueda de la mayor felicidad, con la de las mayores riquezas. Pero lo material debe tener un límite, «y es evidente que la riqueza no es el bien que buscamos, pues sólo es útil para otras cosas» (*Ibid.*). Por ello, la acción económica exige, además de la propia prudencia económica, el concurso de las otras virtudes, especialmente la templanza —*sofrosyne*—, la liberalidad —*eleutheriotes*— y otras de las que habla en los libros Sexto y Séptimo de la *Ética Nicomaquea*. Además, visto que el acto económico pone en relación con otros, también debe estar informado por la justicia general.

En cambio, la ciencia económica moderna ha pasado a ser una técnica que da cabida a la tentativa de alcanzar el máximo posible para los individuos que concurren al mercado, sin considerar su relación con lo adecuado. El mismo instrumento, el mercado, que es una herramienta útil para la coordinación de los intereses individuales que se ajustan a la necesidad, sirve para sacar el máximo provecho de los recursos como un fin en sí mismo. La economía neo-clásica canoniza esta última tentativa como un principio científico y se aboca a su logro.

Ahora bien, los economistas modernos no son insensibles a este tipo de críticas. Nosotros, dicen, no pretendemos defender un principio hedonista. Eso sucedía en tiempos de Gossen, y aún en Jevons y Edgeworth. En cambio los desarrollos de Menger y Böhm-Bawerk no requieren supuesto hedonista alguno. Como dice Robbins «lo único que supone la idea de las escalas de valoración es que los bienes tienen usos diversos y que éstos poseen una importancia distinta para la acción, de manera que en una situación dada se preferirá un uso a otro y un bien a otro. No discutimos por qué las criaturas humanas atribuyen valores determinados a cosas determinadas»³⁸. La maximización de la utilidad no significa necesariamente la maximización del placer. Bien podría ser la combinación óptima del que se conduce éticamente, incluyendo, e.g., hasta los donativos de lo que no necesita. La metodología de las ciencias sociales impuesta de modo definitivo a partir de Max Weber, cuya principal máxima es la a-valoratividad —la *Wertfreiheit*— es un molde perfecto para esta concepción de la economía. Lo que no se está advirtiendo es que el mismo principio de que se parte supone un juicio de valor que se admite sin más. Si la economía no incluye la valoración de esos principios, descarta su aspecto prudencial que debe informar la técnica posterior. La técnica avalorativa es legítima; pero debe quedar subordinada a un saber más amplio, valorativo. El eco-

³⁶ Cfr. *Pol*, I, 9, *in fine*.

³⁷ Cfr. I, 5, 1096a 5-6.

³⁸ *Op. cit.*, 1935, pp. 85-6.

nomista respondería que esa valoración es cuestión de moralistas o políticos; que a él le presenten los objetivos y él dirá cómo obtenerlos. Pero esta es la economía reducida a una mera técnica, sin libertad. Nuestra postura, que intenta interpretar la aristotélica, es que la especificidad y sofisticación de lo económico requieren que, aunque subordinada a la política, la ciencia económica sea una ciencia práctica distinta de ella.

Siguiendo los derroteros de la técnica neutral, la ciencia económica se ha desarrollado fantásticamente. Son pocos los economistas que reflexionan acerca del sentido de su saber, y entre ellos son también pocos los equilibrados que no reaccionan con un excesivo desdén hacia los avances de la teoría: hay una especie de vaivén entre los que sostienen una ciencia pretendidamente pura y los que defienden un historicismo moralista. Queremos destacar aquí el pensamiento de Lord Robbins. Sugiere la necesidad de un saber económico que admite los juicios de valor. Le denomina, resucitando un viejo apelativo de los economistas clásicos, «economía política»³⁹. Sin embargo, la fuerza del paradigma positivista en que está inmerso, para el que no existen las ciencias prácticas, le impide otorgar un estatuto científico a esta economía política.

Nuestra sociedad actual se rinde ante el éxito del dinero. La economía, su ciencia, tiene un halo de prestigio, y su influjo se hace sentir sobre el resto de las actividades y saberes del hombre. El modelo maximizador tiende a generalizarse. El mercado es un instrumento que se procura aplicar a todos los ámbitos, aun a la misma política. Hemos pasado de una situación en que la economía estaba subordinada a la política a otra en la que tiende a imponerle sus moldes. La democracia, en exposiciones como la de Popper, es una especie de mercado de opiniones⁴⁰. Esto también lo había previsto el Estagirita. «Así, dice en *La Política*, ha surgido la segunda forma de crematística, pues al perseguir el placer en exceso, procuran también lo que puede proporcionarles ese placer excesivo, y si no pueden procurárselo por medio de la crematística, lo intentan por otro medio,

³⁹ Cfr. Robbins, *op. cit.* 1976, 1981 y «On Latsis's *Method and Appraisal in Economics*», en *Journal of Economic Literature*, 1979. Podríamos decir algo parecido de Menger para quien la economía política es una ciencia teórico-práctica (cfr. C. Menger, «Toward a Systematic Classification of the Economic Science», en Louise Sommer, *Essays in European Economic Thought*, D. van Nostrand, Princeton, 1960, pp. 1-38). También una rama moderna de la escuela austriaca de economía sostiene la imposibilidad del desarrollo de una teoría económica de la elección determinada: la elección debe ser libre, aunque no siempre tengan un concepto adecuado de libertad. Cfr. G. L. S. Shackle, *Epistemics and Economics*, Cambridge University Press, 1972, Mark Addleson «Robbins's *Essay* in Retrospect: On Subjectivism and Economic of Choice», en M. Blaug (ed.), *Pioneers in Economics*, E. Elgar Pub., Aldershot, 1992 y otros como Kirzner y Lachmann.

⁴⁰ Cfr. nuestro trabajo «Racionalismo crítico y sociedad abierta. Algunas dificultades de la filosofía social de Popper», en *Philosophica*, 15, U. C. de Valparaíso, Valparaíso, 1992.

usando todas sus facultades de un modo antinatural; lo propio de la valentía no es producir dinero, sino confianza, ni tampoco es lo propio de la estrategia ni de la medicina, cuyos fines respectivos son la victoria y la salud. No obstante algunos convierten en crematísticas todas las facultades, como si el producir dinero fuese el fin de todas ellas y todo tuviera que encaminarse a ese fin»⁴¹.

Hemos visto cómo la economía, de *praxis* que termina en el mismo hombre para alcanzar su propio *telos*, se ha transformado en una *poiesis* ordenada hacia exterior que no es ya el *telos* correspondiente a la naturaleza humana sino la ilimitada satisfacción de los apetitos. Precisamente el logro del propio *telos* es el motivo de la necesaria subordinación de la economía a la política, en un contexto de reconocimiento de una unidad y orden de lo creado. En cambio, la actual sujeción a metas que impone el consenso en pro del principio maximizador, somete al hombre y la sociedad a propósitos —no fines— que le son exteriores, no naturales, extraños al *telos*. El hombre pierde entonces su libertad y es gobernado por la técnica que puede servir a los apetitos emancipados de la razón. Se invierten los papeles, pues la razón queda al servicio de ellos. La *ratio technica*, que busca la maximización, ha reemplazado la *ratio practica* que busca el bien. Si la economía se deja determinar por aquella deja de ser economía, porque deja de ser libre. Esta tecnificación es obrada como consecuencia de la sustitución de su fin natural, la satisfacción de la necesidad, por la intención maximizadora. Para que la economía vuelva a ser tal, su criterio de elección debe estar impregnado de moralidad y su saber debe ser ciencia práctica. Hemos encontrado estas ideas en Aristóteles. Queda por hacer la tarea de una rehabilitación actualizada de su doctrina, habida cuenta de todas sus aportaciones y contribuciones a la economía moderna.

* * *

Ricardo F. Crespo
Gutiérrez 361
5500 Mendoza. R. Argentina

⁴¹ I, 9, 1258a 6-14.